

EL PESCADOR

NOCTURNO

Por

Ricardo VALENZUELA

El viejo pescador de Laguna Verde no había podido salir al mar en toda la semana por haber cogido un fuerte resfrío.

Nuestros pescadores que vagan en sus bongos frente al litoral, alejándose a veces hasta diez o doce millas de sus caletas hacia el norte o el sur, suelen resfriarse en sus casas por una corriente de aire.

El viento del mar es saludable; las corrientes de aire caseras, no.

El viejo Portilla se resfrió al ir de un lado a otro en su cabaña, y no pudo salir a pescar en toda una semana.

No es un hombre solitario. Vive ahí con su mujer y sus hijas. El producto de su trabajo lo vende en la misma Laguna Verde, en la Planta y en el pueblo. Y cuando es abundante, alcanza también para traer a Valparaíso.

Laguna Verde es un pueblecito agreste donde no hay ninguna laguna sino una amplia ensenada abierta a los vientos, de aguas transparentes y verdosas, una gran playa de arena dorada

donde quiebran las olas con fuerza, y algunos chalets como miniaturas, cabañas humildes y la Planta Eléctrica. Todo en un panorama de colinas cubiertas de arbustos, bosques de eucaliptus, senderos amarillentos, anchos cielos y aves marinas que planean a gran altura.

—Hay ocho millas de faro a faro, dice el viejo— y voy de uno a otro en una hora con mi motor fuera de borda.

Portilla alude a los faros de Curaumilla y Punta Angeles, en Playa Ancha, que son los hitos de su actividad cotidiana. Laguna Verde se encuentra más cerca de aquél que de éste.

De noche, cuando el viejo está en la mar ve destellar los dos faros, como si se hallara en el vértice de un triángulo en cuyos otros dos vértices estuvieran las luces.

Las linternas giran desde la siete de la tarde hasta el alba. Sus destellos blancos son para él como guiños amigos, mientras arriba se despliega el ancho manto de estrellas. En las noches calmas, algunas de estas estrellas, situadas sobre el horizonte, rielan en el agua como una pequeña luna. Se divisa también las luces de la Planta y por sobre los acantilados, negros y sombríos, el resplandor rojizo de Valparaíso, como un gran incendio lejano, sobre todo cuando hay nubes bajas.

Entonces Portilla coloca sus espineles y dormita tranquilo bajo la gran majestad nocturna.

Cuando nosotros vamos a Laguna Verde en un balandro y llegamos a caleta Hornillas, el viejo y su familia nos reciben alegremente en la playa. Un mocetón, Esteban, viene en el bongo y nos conduce a tierra a fuerza de remos, después que echamos el ancla en unas tres brazas. A veces, el fuerte viento sur demora la faena y las ráfagas silban en el aparejo del balandro.

Luego que tocamos la arena, todos unidos arrastramos el bongo sobre una especie de plataforma de piedras, redondas y pulidas por la marea, hasta dejarlo en tierra firme. Es una tarea azarosa, pero saludable, y sirve para estirar los músculos, después de las largas horas en la estrechez del balandro.

La maniobra es de rutina en la caleta. En los días de trabajo, cuando el viejo vuelve de una jornada de pesca, acompañado sólo de Esteban, su familia lo espera en la orilla, amarran un cabo de alambre en el caperol de la roda, y la mujer y las niñas accionan un vetusto cabrestante situado a unos veinte o treinta metros de donde muere la ola. Y el bongo queda a resguardo sin mayor esfuerzo, rodando sobre unos palos redondos que ponen debajo de la quilla.

Pero cuando estamos arriba de nuestra embarcación es distinto. Entonces participamos todos en la varadura del bongo, con el agua a las rodillas, y se habla y se grita mucho más que si se estuviera arrastrando a tierra una ballena recién cazada en alta mar.

La maniobra forma parte de la excursión, ladra el perro y se mete en el agua hasta que lo alcanza la ola y retrocede estilando y blanqueando de espuma; las chiquillas se arremangan sus vestidos floreados para recoger los remos y hasta algunas gaviotas vienen a revolotear encima creyendo que ha resultado una pesca magnífica.

Después de todo este alboroto, mientras el balandro, blanco y solitario, queda balanceándose en medio de la ensenada, saludamos al viejo, a los suyos, a las muchachas, Gregoria y Rosalía, y subimos el plano inclinado, de arena y de docas, hacia el refugio donde humea la chimenea de ladrillos y conchas marinas.

Yo me pongo a leer y a fumar al sol. Y a veces levanto la vista y diviso a las hijas del viejo trepando el cerro para cortar leña con una enorme hacha de campo. Al poco rato sale de su cabaña una azulada columna de humo. Están preparando el pescado para el almuerzo. Entonces el pescador baja a la playa con su boina negra y su grueso chaquetón azul y observa un rato el color del cielo y del agua, tratando de prever el tiempo que se avecina. Arrugando los ojos, contempla las voluminosas nubes que flotan en el horizonte. A veces estas son blancas como copos de algodón. Otras forman un banco gris que se arrastra lentamente en dirección a la costa. Esa es la niebla, que viene.

* * *

Durante una semana, el viejo no salió a observar el tiempo ni a pescar, porque estaba resfriado. Y en esos ocho días el pueblo y la Planta fueron abastecidos por otros bongos. Tocaron unos días grises y fríos, pero la pesca no anduvo mala para los que salieron.

Al alba, el viejo, despierto, mirando el techo de latas de su cabaña, sentía el rumor de los "fuera de borda" de los bongos que pasaban hacia Valparaíso, a eso de un cuarto de milla de distancia de la caleta, y decía a su mujer:

—Ahí va Pedro, de la caleta El Membrillo. Ese motor tiene una pequeña falla desde hace tiempo, ¿lo oyes?

—Sí— respondió la mujer entredormida.

Y el viejo añadía:

—Debe haber niebla, porque van muy pegados a la costa. Desde aquí hasta La Tortuga la costa es pareja. Pasando el Rodal del Buey hay que tener cuidado. . .

—Hum— contestaba ella con un ronquido. Y se daba vuelta en la cama.

Luego se sentía el tableteo del motor de otro bongo. Y así de varios que iban regresando a El Membrillo y Portales.

—Cuando me mejore— continuó el viejo ya hablando solo, porque justamente a esa hora su mujer tiene el sueño más pesado —voy a salir afuera a los atunes; los llevaré a Valparaíso y les sacaré un buen precio. Mañana le diré a Esteban que ajuste el motor, y a las niñas que vayan a la bomba del pueblo para traer unos tarros de mezcla. También. . .

Y así hasta que se quedó igualmente dormido, escuchando la bocina del faro.

Entretanto, los alimentos escasearon en la cabaña, y la mujer y las muchachas que a veces le acompañaban en el bongo a mariscar entre los roqueríos, se veían un poco tristes.

* * *

A la subsiguiente semana Portilla se había restablecido. Otra vez miraba el cielo y el agua sacando conclusiones sobre el tiempo que habría en la noche. Nosotros llegamos como de costumbre en el balandro.

—¿Cómo le fue en los atunes?— le pregunté cuando se acercó a saludarnos.

—Mal, señor.

—¡Cómo! ¿No había atunes?

—Fuimos en el bongo varias millas afuera, un poco al sur. Había un sol muy bueno y nada de viento. Pronto principiaron a picar los atunes. Antes de anochecer habíamos pescado varios, grandes y gordos. . . Además, cayó bastante de lo otro en los espinales. Ligerito llenamos el bongo casi hasta la regala. Entonces le dije a Esteban que me acompañaba: "Vamos a dejarlos a San Antonio porque nos queda más cerca". Usted sabe, uno, a veces. . .

Hizo una pausa. Miró hacia al mar azul y desierto. Continuó:

— . . . uno a veces se entusiasma y se olvida. Pero a la puesta del sol se levantó el viento poco a poco. Principiamos a picar y a cabecear en las olas hasta que las salpicaduras mojaron el motor y se paró de repente. "Nos fregamos —me dijo Esteban—. Si no anda vamos a tener que darle a los remos. ¿Cómo se siente usted don Antonio?" El motor no anduvo. Quedamos un rato atravesados a la mar. Por suerte no estábamos muy lejos del otro puerto (*) y para enderezar la proa y no perder el tiempo, tuvimos que hacer lo que dijo Esteban. . .

—Y usted, ¿estaba firme, Portilla?

—¡Usted sabe lo que es allá afuera, señor, y para qué le digo nada! . . . Todavía me quedaba un poco de catarro y a cada palada me silbaba el pecho, se me subía la flema y parecía que iba a ahogarme. Pero Esteban es sólido y joven y él ocupaba con sus dos remos la bancada de popa. "Póngase usted en el banco de proa, don Antonio, —me había dicho— y siga mi boga con calma. Esos remos son más cortos y más livianos". Pero el bongo estaba pesado y la mar más pesada todavía. Me dolían los riñones y sentía pesadumbre en los hombros. . . Estos motores, señor, son muy prácticos, pero le quitan energías a uno. Yo, antes, bogaba no se cuantas millas, solo y sin agitarme. Ahora y sin ejercicio. . .

—¿Cuántos años tiene?

—Sesenta y cinco, y de éstos cincuenta en la mar. Yo nací en la "Caleta de Jaime" que ya no existe porque la rellenaron. Mi padre salió a pescar hasta cuando tenía más de setenta. . . Y como le decía, el "surazo" no paró en toda la noche, y nosotros dale que dale a los remos. Embarcamos agua por todos lados y para no hundirnos y salvar el motor, tuvimos que vaciar el bongo. ¡Eran unos lindos atunes y no se cuantas docenas de pescadas y sierras! Llegamos a San Antonio bien entrada la mañana. Amarramos el bote vacío y bajamos a tierra, medio adoloridos y tiesos de sal. Echamos un trago en el bar "Don Bolívar", que está cerca del muelle, reparamos el motor y. . . de vuelta a Laguna Verde sin nada.

Durante todo el regreso la mar estuvo como taza de leche. Le hicimos empeño, pero no picó ni un blanquillo. . .

* * *

(*) San Antonio

Un domingo fuimos con Portilla a correr las olas.

De pronto, afuera, apareció una albacora. Portilla le arrojó el arpón, pero erró el golpe. Y la albacora, brillante como hojalata huyó, agitando la cola entre los espumarazos.

El viejo, de pie en la proa, se quedó mirando el agua.

El pez describió un gracioso semicírculo, se arqueó, reflejando los rayos del sol, y se zambulló en un instante.

La línea —o lienza de pesca— sujeta con un par de vueltas a la bancada, cayó a pique por el costado a causa del peso del arpón.

—Aquí hay como cuatrocientos metros de profundidad— comentó. Y se puso a recoger la línea despacio, adujándola cuidadosamente, como si en vez de haber lanzado el arpón hubiera tirado la sonda para medir el fondo.

Evidentemente, no quería comentar que había errado el golpe. Porque un pescador de más de sesenta años no sabe ya si el pez resultó demasiado listo o si él está perdiendo destreza.

—¡Cuatrocientos metros de agua debajo de uno! ¡Hum!

El surazo golpeaba fuerte, pero el bongo sorteaba bien la mar.

¡Ni luces de la albacora!

Era casi el mediodía y el sol iluminaba el agua de un verde transparente. Cada ola se acercaba con sus penachos blancos, levantaba el bongo como en vilo y lo arrojaba al seno de la siguiente, con ese sonoro ¡plaf! de las embarcaciones que suena como palmada en el anca de alguna bestia.

—Con este balanceo no es fácil apuntarle a uno de esos bichos— observé sin mirar al viejo.

Desde el seno de la ola no se veía nada alrededor, sino la masa de agua verdusca, revuelta y como sembrada de pedazos de encaje, que se iban formando en el bullir de la espuma.

Terminó Antonio de cobrar la línea y tambaleándose llegó hasta la bancada, se sentó y comenzó a achicar el agua con un tarro.

El motor fuera de borda zumbaba regularmente.

—Hundirse por estos lados es cosa seria... — dijo al fin entredientes.

Decididamente, no quería hablar de la albacora.

Cuando el bongo remontaba la ola, se divisaba a babor la franja verde y amarilla de la costa; algo como una miniatura de la tierra distante, nítida y realzada por la transparencia del aire.

—¿Y no hallaremos otra albacora, Portilla?

—No sé si veremos otra... Hay pescadores que se han volcado por estos lados...

—¿Qué quiere decir?

—Que se han volcado... Que cuando uno está predestinado a no ver la noche...

El viento zumbaba y helaba las orejas. Si uno sacaba la punta de la lengua y tocaba con ella el labio superior, sentía el gusto de la sal. Sobre la superficie, el viento arrastraba una especie de llovizna muy fina.

—Por último no hemos venido a pescar albacoras sino a correr la mar, ¿no es eso, Antonio?

El viejo permanecía agachado en la proa, achicando siempre y por cada tarrada que devolvía al mar, entraba en el bongo más agua que si le hubiera vaciado diez tarros.

—Sí, pero mantenga bien el gobierno— me contestó secamente.

El arpón y los remos sueltos golpeaban sordamente la cala; la red doblada y estibada al centro, estilaba como cuando recién la sacan del mar. Tuve que disminuir la velocidad para hacer frente al oleaje. El motor mantenía su ritmo.

—Con tal que no se moje la bujía. . .— masculló el viejo, poniendo atención en el ruido.

—¿Y si le ponemos una lona, Portilla?

—No hay.

—¿Un saco?

—¿Y para qué? Si uno está predestinado a no ver la noche. . . ¡Aunque le ponga diez sacos. . .!

Y otra vez el bandazo. Y allá, distante ¡tan distante! la costa.

El viejo, sin inmutarse, cambió de mano el tarro y siguió botando el agua por la otra banda.

Yo pensaba que de un momento a otro se iba a mojar la bujía y nos íbamos a quedar al garete. De repente me dijo:

—En un tiempo yo pescaba albacoras en Iquique, ¿sabe, señor? Jamás se me escapó ninguna. . . Un día, un hombre de mi embarcación se enredó en la línea, cayó al agua y el pez comenzó a arrastrarlo. . . Pero el muchacho de la cocina, que era un nadador muy diestro, se tiró al agua detrás, cortó la línea con un cuchillo y agarró al hombre por los cabellos. En un santiamén arriamos un bote, subió el muchacho, jadeando, amarró al hombre por debajo de los brazos y lo izó medio ahogado.

“A bordo le dimos friegas, respiración artificial y aguar-diente hasta hacerle revivir, envuelto en una gruesa frazada.

“El tipo nos miraba con ojos agradecidos y tristes. Comprendía que acabábamos de arrebatarlo a la muerte. Y cuando se repuso estaba alegre y dio unos manotones de gratitud en la espalda al pinche de cocina, que se convirtió en el héroe del buquecito.

“Yo mismo, que patroneaba la embarcación, me sentí obligado a decir algo a los demás. Y les dije que estaba bien como lo había hecho el pinche, y que en la mar hay que ser unidos porque el peligro nos acecha a todos y que cualquier día puede ser uno el que se va por la borda para no contar el cuento. . . si no hay uno que se arriesgue como lo hizo el pinche.

“Yo, señor, no soy de mucha palabra. Pero creo que me entendieron, porque aprobaron con la cabeza y palmoteaban al pinche que cuando hablé de él se puso colorado y empezó a mirarse un zapato.

“Volvimos a Iquique y bajamos a tierra para festejar al resucitado. . . Pero el hombre estaba predestinado a no ver la no-

che. Porque luego se embriagó, y se apartó de nosotros. Luego tuvo una pendencia, lo apuñalaron y murió antes que se escondiera el sol".

¡Plaf! La trepidación del motor pareció cambiar de ritmo. Cayó el bongo en el seno de una alta ola, desapareció la franja verdeamarilla de la costa y otra vez no se vio nada alrededor sino el agua turbulenta y las crestas desmelenadas de las olas que venían quebrando.

La embarcación vibró entera. Luego el motor recuperó su ritmo.

—¿Se fijó bien si no habrá por ahí una lona olvidada o un saco, Portilla?

Me obsesionaba la idea de la bujía. La idea de que el motor sin protección se detuviera y quedáramos a la deriva en medio de aquella mar revuelta.

—¿De qué nos servirían, señor? Cuando la mar lo quiere a uno... lo traga, y si no, lo devuelve...

Ahora el bongo remontaba y volvía a divisarse por babor la franja de la costa, alegre, soleada y verde.

Allá, a lo lejos, un poco al sur de Laguna Verde, se divisaba un punto blanco.

Era el refugio: ¡Hornillas!

* * *

Algún tiempo después, leí en el diario lo siguiente: "La Gobernación Marítima de Valparaíso dio por "perdido en la mar" al pescador de Caleta Hornillos, Antonio Portilla.

Portilla había salido a la mar con sus hijas Gregoria y Rosalinda a mariscar entre los islotes de rocas vecinas al faro Curaumilla. Presumiblemente la embarcación se volcó debido a la fuerte resaca y se ahogaron sus tres tripulantes. No obstante la rebusca efectuada no se ha encontrado cadáveres. Portilla y sus hijas eran muy estimados entre los vecinos del villorrio de Laguna Verde.

Los fareros de Curaumilla declararon que divisaron por última vez el bongo de Portilla al anochecer del viernes, tratando de regresar a la Caleta. Después obscureció y no supieron más".